

XXI

SEÑORES :

A lábios mas dignos y á un espíritu mas sereno, pudo la Suprema Córte de Justicia confiar el difícil encargo de relatar los grandes, los inmensos servicios que prestó á la Humanidad, á la Libertad y á la Ciencia, el grande hombre, cuya muerte lamenta hoy la Patria. Pero lo confió á los míos, juzgando quizá que yó desempeñaria este deber con la religiosa satisfaccion con que el creyente del primer siglo de nuestra era relataba, en el

Pronunciado, en nombre de la Suprema Corte de Justicia de los Estados- Unidos mexicanos, en los funerales del ilustre Ignacio Ramirez que se verificaron en el salon de la Cámara de Diputados el dia 18 de Junio de 1879.

silencio de las catacumbas y en las horas solemnes de la reunion de familia, los triunfos del confesor y del mártir de la antigua fé.

El alto Cuerpo al que tengo el honor de pertenecer, se anticipó á mis deseos y yo acepté agradecido, conociendo, sin embargo, que á la humildad de mis facultades debia agregarse el terrible obstáculo de mi pesar. Señores: el dolor no es elocuente y yo estoy sintiendo uno de los mas grandes dolores que han nublado mi espíritu, desde el instante en que he visto exhalar el último aliento al Maestro sublime á quien amaba como á un padre, desde mi niñez.

Pero el esfuerzo del patriota dominará la debilidad del hombre y diré en alta voz, lo que ya os habeis dicho en el secreto de vuestra conciencia, lo que el Pueblo repite en sus tristes conversaciones, lo que la Historia recoge ya de los lábios de los hombres honrados de México.

La pérdida que hoy sufre la República es irreparable; el hombre que acaba de morir no puede substituirse ni en las filas del gran partido nacional, ni en el campo de la ciencia, ni en el rol de los grandes patricios.

En este país solo es lícito al extranjero, al niño, ó al ignorante preguntar de buena fé, quien fué Ignacio Ramirez y cuáles fueron sus servicios á la patria. Al insensato blasfemo que aparentase ignorarlo, por odio ó por despecho, habria que volverle la espalda con desden ó que buscar en su frente la marca de condenacion impresa por el juicio severo del grande hombre ó por la victoria de los principios que defendió, acaudillando al Pueblo.

A los primeros, hay que relatarles cuarenta años de nuestra vida pública, de nuestra marcha científica, de nuestra evolucion moral. ¡Cuarenta años! Toda la Historia moderna de México, una lucha de titanes, el trastorno de diez cataclismos.

La vida de Ignacio Ramirez se parece á nuestros volcanes; hunde su base en los abismos de la humillacion popular y alza su cumbre hasta las alturas luminosas del triunfo.

Cuando Ramirez nació; cuando comenzó á pensar, cuando fué jóven, el país aún estaba envuelto en las sombras de la vida colonial. La Nacion, despues de haber ensayado un remedo de monarquía que comenzó en un motin y concluyó en un cadalso, habia creído hacer

un esfuerzo de sabiduría política adoptando aquella triste Constitucion de 24 en la que un clero corrompido y una nobleza de mercaderes y de soldados realistas disfrazados con los arreos de la República, se habian reservado la mejor parte del poder; aquella Constitucion que conservaba los fueros, que conservaba el monopolio comercial, que conservaba la superioridad de razas, que conservaba escrita, *segun la expresion brillante* de Ramirez, con un tizon mal apagado de las hogueras inquisitoriales, la intolerancia de cultos, que conservaba, en fin, todos los vicios del fanatismo y todas las monstruosidades del atraso moral.

Aún así, esas clases privilegiadas tuvieron miedo del sistema y se esforzaron en abolirlo, substituyéndolo con todos los absurdos del centralismo político, bajo diversas formas.

El jóven estudiante, iniciado ya en los misterios de la ciencia y en las revelaciones de la Historia, pudo medir con su mirada precozmente profunda todas las tendencias de esas clases dominadoras, fuertes, viciadas y audaces hasta la insolencia; pudo comprender los peligros del desgraciado pueblo, y las dificultades

tades inmensas con que tenia que luchar el espíritu liberal en un país que para prosperar necesitaba salir del estancamiento de la servidumbre.

Entonces, animado de esa fé que allana las montañas, fuerte con una conciencia de atleta, inspirado ya por la grandeza del génio, ese jóven oscuro y pobre, en presencia de los enormes obstáculos que iban á cerrarle el camino y que habrian espantado á un luchador vulgar, se decidió á ser el apóstol de una era nueva, se alistó en silencio en el pequeño grupo de soldados de esa peligrosa cruzada de la Libertad y consagró todo lo que tenia de talento, de fuerzas físicas de intereses materiales, de porvenir y de existencia al triunfo de tan generosa causa.

Y de allí comienza la vida gloriosísima de labor, de perseverancia, de abnegacion heroica, de sacrificios sin cuento que hacen de Ignacio Ramirez el gran campeón, y el sublime mártir de la Democracia mexicana.

El periodismo, la sociedad secreta, la tribuna del club, fueron los primeros campos en que combatió contra las tiranias seculares que pesaban sobre la nacion.

Este hombre extraordinario dotado de todas las cualidades del espíritu, las ponía todas al servicio de su ideal — la Democracia.

Conocedor como Aristóteles, como Galileo, y como Humboldt, de todas las ciencias en que había nutrido su espíritu en largos años de un estudio asombroso y capaz de consumir diez cerebros, él ponía á contribucion todos sus conocimientos, todas las maravillas de una erudicion sin igual en México, para ilustrar al pueblo..... ¿Se sentía poeta, hervía su inspiracion con el fuego sagrado de los dioses y adivinaba que podría arrancar á su lira los acentos que arrobaban á la antigua Grecia? Pues no entonaba lánguidas endechas amorias, ni pesados himnos religiosos y arrojando la afeminada lira de Alceo, de Teócrito y de Tibulo, él empuñaba la lira de robustas bordonas con que Tirteo animaba al combate á los hombres libres y la lira sagrada con que Lucrecio cantaba los sublimes misterios de la Naturaleza.

¿Se sentía sábio médico, ó perspicaz jurisconsulto? ¿Podía con su gran talento aprovecharse de sus estudios para procurarse una rica clientela, ó para adquirir en nuestro Foro

una fortuna patrocinando al capitalista y al usurero? ¡Oh! ¡Ese noble carácter tenía demasiada virtud y demasiada altivez para traficar con el talento! El desdeñaba ese bienestar en pos del cual se atropellan otros; él abandonaba el título de médico y con él las vaguedades de la hipótesis para no aprovecharse sino de las conquistas de la observacion; y no fué jurisconsulto sino para defender al desvalido y para inscribir como legislador los grandes principios del Derecho Moderno, los grandes principios de la Libertad humana, y para aplicarlos é interpretarlos como magistrado en la Suprema Córte, durante doce años de una judicatura luminosa, integérrima, gloriosísima como lo reconoce la República y como lo asienta la Historia.

¿Se sentía con un corazón varonil, templado para las grandes luchas en las que se tropieza á veces con el destierro, con el cadalso ó con las cadenas de la prision? Pues no vacilaba en aceptar esas luchas en favor de la Libertad y de la Humanidad y su vida; ay! su vida entera es una série no interrumpida de persecuciones, de confinamientos, de miseria, de prisiones. Nadie como él, en México, tiene la

gloria de los largos sufrimientos; nadie como él, en esta Patria en que los triunfadores de hoy son los proscritos de mañana, nadie, repito, cuenta con los timbres de una persecucion tan obstinada; nadie como él puede dar cuenta de todos los tormentos, desde los grillos que le impuso el dictador Santa-Ana, hasta la agonía en que lo mantuvo al pié del patíbulo el faccioso clerical Tomás Mejía; desde la incomunicacion rigorosa en que lo puso la Reaccion de 1858 hasta la fiebre amarilla á que lo condenó el Imperio confinándolo á las mazmorras de Ulúa y al clima de Yucatan y de la que salvó por un favor de la suerte, y desde la detencion arbitraria con que lo aseguró Comonfort, al dar su golpe de Estado, hasta la bartolina en que lo encerró, á pesar de su carácter de magistrado, al miedo de Lerdo de Tejada en 1876.

Y ¿porqué? preguntareis, ¿porque esa persecucion tan encarnizada y tan constante? Conoceis la Historia. Los enemigos de la Libertad, martirizaban al apóstol del pueblo. Los falsos amigos del pueblo, martirizaban al apóstol de la verdad.

Habia en él, no el instinto de una oposicion

sistemática como dicen sus enemigos; habia en él la fuerza del atleta para los adversarios de su causa, y el austero caracter de la virtud republicana para sus correligionarios. No es culpa suya el que los gobernantes liberales se hayan separado del camino recto que él seguía, y la opinion pública vino á hacerle justicia siempre y á sancionar sus fallos. La Nacion destronó al Dictador que habia querido aclimatar en México el despotismo del Asia, arrojó á Paredes, el monarquista descarado, castigó al traidor Presidente que á pocos dias de haber jurado la Constitucion pretendió desgarrarla, la justicia popular ha pronunciado su fallo sobre el hombre eminente que manchó los últimos dias de su vida con su ambicion de poder que trajo una guerra civil que solo pudo apagar la tumba. El pueblo tambien negó su simpatía al gobernante que pudiendo practicar sinceramente las leyes, empleó todo su ingenio en desacreditarlas.

Así Ramirez ha sido el Daniel que á cada paso se ha aparecido al final de las orgías gubernativas para mostrar á los malos gobernantes el anuncio misterioso de su caida, anuncio que siempre se ha realizado. Profeta

del destino, él ha podido augurar estos grandes sucesos históricos porque llevaba en su espíritu profundo y austero la sibila sublime de la Libertad y del Derecho.

Tales fueron las fuerzas y tales los sacrificios que empleó este hombre excelso en su vida de lucha laboriosa.

¿En qué consisten sus obras duraderas? Sus obras duraderas son sus escritos, sus escritos, que no son libros compaginados, que son algo más, que son la semilla difundida, instante por instante y fecunda siempre, en el espíritu de nuestro pueblo. Sirviéronle de vehículo, el periódico, el folleto, el manuscrito. No pueden mencionarse los periódicos que redactó, porque son muchos, tanto en esta ciudad como en los Estados que han visto aparecer el propagandista errante como un nuevo doctor Cos, con su pequeña imprenta y con su admirable periódico, ora predicando la Reforma, ora levantando á los pueblos lejanos de Sonora para defender la independencia nacional.

Los que piden de un pensador, á toda costa, un libro compaginado, no reflexionan en que una propaganda diaria y sostenida, es más eficaz que un libro; no reflexionan en que los

fundadores de una época nueva, los grandes apóstoles de una idea no escriben jamás libros, no tienen tiempo, se ven obligados á mezclar la acción á la palabra. Pitágoras no escribió libros, Sócrates no escribió libros, Jesus no los escribió tampoco. Si Voltaire y los enciclopedistas pudieron formar un monumento con sus numerosas obras, fué porque estaban protegidos por el elemento oficial y por la opinion preparada. Si Descartes, si Bacon, si Kant, han podido legarnos sus sistemas en libros metódicos ha sido porque alcanzaron tiempos de paz ó las convulsiones de la revolucion no los arrastraron en su corriente vertiginosa; si Víctor Hugo, ha podido escribir los suyos, débelo á la hospitalidad protectora de Inglaterra y á la situacion ventajosa de su país. Pero Ignacio Ramirez en México, perseguido cuando jóven, conspirando ó huyendo, iniciando sus grandes ideas en la tribuna, ó realizándolas en los ministerios de Estado, no ha tenido tiempo ni facilidades para preparar obras metódicas; ha sido como los revolucionarios franceses de 1789, periodista, legislador y tribuno, hombre de accion y combatiente.

Sus obras duraderas son, además, sus he-

chos. La apertura de un Instituto literario para los jóvenes de raza indígena en Toluca, pensamiento que realizó con Olaguibel en 1848; la exclaustración de los frailes y de las monjas, que llevó á cabo, como ejecutor de la ley de Reforma de Veracruz y como autor de su complementaria en 1862 siendo diputado; el sistema de enseñanza sobre una base moderna, sistema que está vigente; las bases de la construcción del ferrocarril de Veracruz; la abolición del internado en las escuelas, la iniciativa de todos los grandes pensamientos de mejora material que se han realizado en México, su enseñanza filosófica y su crítica literaria siempre elevada y fecunda. Su paso por el ministerio de Justicia y de Fomento, aunque de pocos días, ha sido señalado por instituciones prácticas y durables. Su trabajo en la guerra de Reforma ha sido un trabajo de preparación; su pensamiento se realizó por otros, pero la iniciativa siempre es suya. El fué uno de los cíclopes que forjaron los rayos que después lanzó á la vieja sociedad el gobierno de la República.

Sus obras duraderas son sus virtudes sociales y sus virtudes privadas. Las virtudes son tam-

bien una obra. Hay vicios, hay males que no puede curar más que el ejemplo, dice el famoso canciller L'Hospital. Ahora bien: la honradez de Ramirez es proverbial. Mientras que otros ménos ameritados que él, improvisaban grandes fortunas á la sombra de los puestos públicos, Ramirez, por cuyas manos, como por las manos de Prieto, habian pasado los millones de los bienes nacionalizados, bajó pobrísimo del ministerio en 61, y ha muerto en la miseria.

Estas son sus obras. Yo pregunto, ¿hay alguno de esos libros vulgares de que se envanecen nulidades orgullosas que pueda compararse á la obra complexa y admirable que dejó Ramirez como contingente en la civilización de su país? ¿No es verdad que es absurdo pedir un libro al que trató magistralmente todas las cuestiones políticas y científicas, y ejecutó tantas grandes cosas? Ramirez habló de los habitantes primitivos de América antes que Even Nilson publicase su obra sobre los habitantes primitivos de la Scandinavia, en que viene á dar razón á las teorías que habia publicado el antropologista mexicano; impulsó los estudios sobre la Geología, la Geografía y

la Lingüística de México, enseñó él primero los métodos de la Filosofía alemana, hizo conocer á Hegel, á Molleschot y á Spencer, abrió nuevos caminos á la Literatura y no descansó hasta no conseguir que las conquistas de la civilización se redujesen á preceptos en nuestro código político.

Son estos, trabajos de Hércules que solo pueden desconocer la malignidad, la ignorancia ó una pasión miserable y vil, la envidia, la envidia que fiel á su carácter silbó siempre á los piés de este coloso del pensamiento.

Porque ese Titan vencedor amontonó para combatir á los viejos dioses y arrancarlos del trono todas las montañas de la Filosofía, de la elocuencia, de la poesía, de la sátira, del sarcasmo, de la burla, de la Revolución, y sintió naturalmente estrellarse sobre su cabeza invulnerable los rayos que esgrimieran las coléricas Potestades amenazadas.

Ya se sabe: no se combate, ni ménos se vence á esta hidra del fanatismo religioso y á esta hidra de la tiránica política impunemente en ningun país. El clero tiene sus fuerzas, sus elementos de lucha, todos esos mónstruos que él se complace en encerrar en su Infierno

legendario, tal vez como un arsenal del que servirse en los casos de guerra: la difamación, la calumnia, la injuria grosera, la insinuación páfida, la alevosía, el asesinato. El fanatismo tiene calumniadores de oficio, tiene acusadores revestidos con los falsos arreos de la virtud; sus asesinos hieren sacando el puñal de la manga del hábito como Jacobo Clemente. Y éstos encuentran apologistas como Mariana, como Busembaun, como Malagrida.

El odio político tiene también su trahilla de canes rabiosos, su saco de víboras que lanza sobre los defensores de la verdad. ¿Lo creereis, señores? El odio político es tan vil á veces, es tan miserable, que no perdona ni la tumba. Hoy mismo, insepulto aun el cadáver de este hombre virtuoso, se atreve á insultarlo; el insecto inmundo comienza á roer el cadáver; la nulidad del maldiciente de la gaceta pretende manchar la alta reputación del hombre de Estado, aquel á quien nada debe el pueblo ultraja á su apóstol cuando yace tendido en el féretro, é interrumpe con su chillido despreciable el lamento general. Ya lo esperaba yo y en verdad que solo esto faltaba para la gloria de Ignacio Ramirez. En la carrera triunfal de

los vencedores romanos mostrábase detras del carro glorioso é interrumpiendo con su grito venal las aclamaciones generales el insultador público pagado por los magistrados. Esta vez se ha levantado junto al túmulo que bendice y respeta el pueblo honrado de México el insultador impotente á quien arroja tal vez una moneda un partido vencido y despedido. ; Vergüenza debia tener ese partido de haber sido sus jefes los últimos verdugos de un hombre de la Reforma !

Quiero todavía creer que no ha sido más que un grupo insignificante de ese partido el que inspiró y consintió una vileza semejante cometida contra un hombre que antes que todo fué liberal.

Pero así está mejor. Así se desencadenan en derredor de Ramirez muerto, como se desencadenaron cuando vivo, todos los cataclismos de la fama. El odio con su color de lava; la envidia con el vapor de las solfataras, la cólera, las escomuniones, la calumnia con su hálito infecto. En cambio la admiracion coloca á sus plantas la nube del apoteosis y la República entera tiende sobre su sepulcro el arco-iris de la simpatía popular.

Ignacio Ramirez, hombre inmortal, tú, más grande que aquel mito de Prometeo á quien Esquilo nos presenta, al hundirse bajo el Cáucaso, invocando aterrado á la Naturaleza, has descendido á ella sin temores, ni esperanza, como un hombre de bien y como un sábio.

Tu tarea de obrero está concluida, tu tarea de pensador continúa llevada á cabo por tus compatriotas, por tus correligionarios. Duerme tranquilo el sueño de la gloria bajo el cielo de esta Patria á la que consagraste tu vida, protegido por el pueblo que ha inscrito tu nombre en su gran corazon.